



Ezequiel Martínez Estrada
Victoria Ocampo

EPISTOLARIO

Prólogo y edición de
Christian Ferrer

INTERZONA

EPISTOLARIO



The background features several light gray, semi-transparent geometric shapes. At the top is a rounded triangle pointing downwards. Below it, on the left, is a large rounded trapezoid. In the center, there is a triangle pointing upwards. To the right of the center is a large rounded trapezoid. At the bottom center is a rounded triangle pointing downwards.

EPISTOLARIO

**La correspondencia entre
Victoria Ocampo y
Ezequiel Martínez Estrada**

Prólogo y edición
Christian Ferrer

INTERZONA

INTERZONA

Ocampo, Victoria

Epistolario : correspondencia entre Victoria Ocampo y Ezequiel Martínez Estrada / Victoria Ocampo y Ezequiel Martínez Estrada ; compilado por Christian Ferrer ; con prólogo de Christian Ferrer. - 1a ed. - Buenos Aires : Interzona Editora, 2013.

184 p. ; 13x21 cm.

ISBN 978-987-1920-25-9

1. Textos Epistolares. I. Martínez Estrada, Ezequiel II. Ferrer, Christian, comp. III. Ferrer, Christian, prolog. IV. Titulo.

CDD A866

© interZona editora, 2013
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Edición y corrección: Christian Ferrer
Coordinación: Brenda Wainer
Diseño de maquetación: Gustavo J. Ibarra
Composición: Hugo Pérez
Foto de tapa: Shutterstock

ISBN 978-987-1920-25-9

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

AMISTAD ENCANTADA

I

Aunque alguna vez, hacia el final de su vida, le manifestó comprenderla “como si los dos hubiésemos muerto”, por cierto un veredicto definitivo acerca de la amistad, no se diría que ese vínculo les estuviera destinado a Ezequiel Martínez Estrada, empleado de correos e hijo de inmigrantes, y Victoria Ocampo, cuya familia llevaba siglos asentada en el país. Los abismos intervinientes eran sólidos y añejos. Considérese que la casa natal de Martínez Estrada, en San José de la Esquina, un pueblito de la Pampa Gringa, tenía dos ventanas, lo habitual en una residencia humilde de entonces. La casa de Victoria Ocampo, en pleno centro de Buenos Aires, tenía veinticuatro balcones, y en ella se hablaba inglés y francés con las institutrices correspondientes. No podía ser un comienzo más distinto que el de Martínez Estrada, que nunca masculló bien ningún otro idioma fuera del castellano. Para no hablar de los antepasados. Uno de los Ocampo, el tataratabuelo, fue gobernador del Cuzco. Otro predecesor fue gobernador del Paraguay. Otro más aún, regidor del Cabildo de Buenos Aires. La tatarabuela de Victoria descendía del fundador de la ciudad y varios afluentes conectaban con prominentes virreyes. El bisabuelo fue candidato a presidente; el abuelo, gobernador de la provincia de Buenos Aires; el mismísimo Don Juan Manuel de Rosas era primo lejano. Había antepasados por los cuatro costados y casi todos estancieros, lo cual era mucho decir en aquella Argentina. Sólo uno se dedicó a las

letras, más específicamente a los gauchos, José Hernández, primo de los Ocampo y a quien Martínez Estrada dedicó una obra magnífica, “Muerte y resurrección del Martín Fierro”. Esos difuntos son ahora calles de la ciudad e incluso la propia Victoria Ocampo, nacida en 1890, tiene una a su nombre, no muy lejos de su lugar de llegada al mundo, las calles Viamonte y San Martín, que en 1810 se llamaban todavía calle de la Victoria y calle Ocampo, la una por la expulsión de unos ingleses entrometidos y la otra simplemente a cuenta de sus familiares, que no sólo habían hecho la historia de este país, también lo consideraban suyo. Por su parte, Martínez Estrada había nacido en 1895 en una calle sin nombre y carecía de alcurnia alguna.

II

Y sin embargo, los abismos se cerraron. Prevalcieron las muchas y muy pronunciadas afinidades. Cada uno a su manera, y según su suerte, Victoria Ocampo y Ezequiel Martínez Estrada se dieron forja a sí mismos. El talento desplegado en el tiempo les trajo triunfos y notoriedad pública, pero también les acarreó incomprendiones y rechazos, y demasiadas veces la hostilidad duradera de sus respectivos ambientes. Ambos creían que la virtud, en asuntos públicos, así como la calidad, en cuestiones literarias, eran varas de medida indeclinables, y sin duda cultivaron la insobornabilidad y un alto sentido de la honestidad. Y eran animales de trabajo: él no paraba nunca y a ella la inactividad la mataba. Gente de esta tierra: el país fue la obsesión perenne de Martínez Estrada y Victoria Ocampo era tan argentina que ni siquiera necesitaba aparentarlo, por más que cierta vez, durante el viaje en barco de luna de miel, en un baile de disfraces, haya usado el atuendo de República Argentina, sin exceptuar el gorro frigio. Por lo demás, fue una amistad esencialmente epistolar. Se trataron poco personalmente.

La vida de Martínez Estrada tiene mucho de hazaña emocional, pues amén de provenir de una familia sin recursos y de haber tenido que

ganarse el pan trabajando como una mula, “en el malacate”, el hombre siempre fue un desesperado. De nada le valieron las decenas de libros publicados y otros honores disfrutados, pues sobre sus muchas carencias afectivas se le había enancado, ya desde joven, ese demonio de la amargura que excava el alma hasta transformar la personalidad, según sus propias palabras, “en una madriguera de complejos”. Pero tampoco la vida de Victoria Ocampo, una mujer formidable, fue fácil. Su historia es la de un lento despojamiento de clase, que emprendió quizás por insumisa, o por ser algo solitaria, aún cuando por lo regular gravitara mucha gente a su alrededor, no pocas veces celebridades. No era sencillo, en aquella época y en su circunstancia, lograrlo, siquiera considerarlo. Hay que ponerse en su lugar: su inteligencia era grande, pero ella integraba una de las “familias principales de la ciudad”, de modo que un matrimonio adecuado era destino obligado y desde ya que la vida de casada de una chica de clase alta tendía, tarde o temprano, al embrutecimiento espiritual. “Clase alta”: en un viaje a Francia la familia incluyó entre el pasaje dos vacas, literalmente, atadas. Más adelante, ya seccionada del esposo de rigor, ella vivirá en residencias modeladas según la onda de Le Corbusier, dispondrá de chofer japonés-coreano, y hasta el mismísimo Príncipe de Gales, el futuro rey Eduardo VIII de Inglaterra, tocaría el ukelele para ella en Buenos Aires, en su propia casa. Ornamento, cierto, pero por sobre todas estas cosas humanas a Martínez Estrada y Victoria Ocampo les concernía sobremanera el destino espiritual del país. Lo tenían clavado en la mente como una estaca.

III

En la última década de vida de Martínez Estrada fue Victoria Ocampo con quien mantuvo una amistad incondicional. No siempre fue así. En el año 1930 se había intentado una mancomunidad de esfuerzos entre Enrique Espinoza, amigo y futuro albacea literario de Martínez Estrada,

y la Ocampo, mediada por el norteamericano Waldo Frank, para editar una revista de alcance latinoamericano, pero ella prefirió lanzar la suya propia, *Sur*, donde unos pocos años más tarde *Radiografía de la Pampa* –obra cumbre del ensayista– sería zarandeada en una reseña, que poco y nada gustó al reseñado. No obstante, en 1946, Martínez Estrada se integró al comité de colaboradores de la ya prestigiosa revista, a pesar de alguna reserva suya, y un tiempo después, en 1950, al desatársele una horrible enfermedad cutánea, Victoria Ocampo acudió en su auxilio. Desde entonces no dejaron de escribirse.

Ella le decía “querido profeta energúmeno”, retomando benigna y humorísticamente el agravio que Jorge Luis Borges había propinado a Martínez Estrada en *Sur* por supuesta tibieza con respecto al peronismo. Martínez Estrada decía sentir “admiración” y “devoción” y “gratitud ilimitada” por ella, y la defendió una y otra vez ante quienes pretendían difamarla por su origen de clase: “¡Excelente mujer! Ella también está entre las víctimas de la barbarie. Sus impugnadores olvidan que debió renunciar a su casta, que ella es mal vista por la gente de su propia clase, y que los burgueses y los proletarios la repudian”. Aún así, Victoria le escribió: “Usted siempre ha tenido para mí el carácter de lo inaprensible, uno se puede encontrar muy raramente con usted y usted está siempre *de paso*”. Él retrucaba: “Si vale algo una vida como la mía, débosela también”.

Pero no solamente se profesaron admiración. Hubo, también, rispidez. Alguna vez, a fines de 1955, Victoria Ocampo prefirió no publicar en su revista una carta pública de Martínez Estrada sumamente crítica de la Revolución Libertadora, así como otra vez Martínez Estrada se negó a estampar su firma en una solicitada promovida por ella en favor del escritor ruso Boris Pasternak por no gustarle la compañía de ciertas rúbricas. Este disgusto lo repetiría hasta la obsesión: “Ella concede valor e importancia a figuras insignificantes, a histriones y trujamanes que no merecen hacerle guardia de honor”. Pero la amistad solía prescindir de esas minucias: “No soy el tipo de amiga que usted puede perder”. Una observación posterior acerca de la

pulsión iracunda que les era común, a ella y a él, resulta reveladora, pues Victoria Ocampo sentía que su adherencia al pacifismo “gandhiano”, iniciado en 1924 con un artículo en *La Nación*, era parecido al que también había profesado irregularmente Martínez Estrada, y que respondía a la necesidad de adormecer o domeñar ese “vicio íntimo” por ambos compartido, la violencia. Pero el “gandhismo” como fuente posible de una política era en Argentina una ilusión excéntrica, promovido por ella y unos pocos más.

Acerca de las políticas culturales de Victoria Ocampo, Martínez Estrada las estimaba como las de un mecenas anacrónico con misión social. Ella habría hecho por la cultura argentina mucho más que el Estado Argentino entero, y a su supuesta “extranjería” la tenía por característica auténticamente nacional, “enraizada como un algarrobo”, pero en mayor cuantía aún apreciaba su generosidad, que era acuñante de tareas: “La obra cultural que ha realizado Victoria Ocampo no podrá valorarse con ecuanimidad si se la considera como hecho biográfico y no como acontecimiento histórico, o como acontecimiento histórico y no como proeza personal”. Y las hazañas de la personalidad, sin importar la procedencia de clase de quien las acometiera, importaban a Martínez Estrada, pues tal había sido su propia experiencia formativa. Eran, ambos, autodidactas, “casos sui generis”. En todo caso, Martínez Estrada siempre privilegió los valores morales y caracterológicos por sobre los saltos y piruetas del intelecto.

Con la vida casi apagada Martínez Estrada le prometió a Victoria que escribiría un libro sobre su obra y su persona, “una partenia o epicedio o laude”, del que sólo quedaron fragmentos. La intención había sido anunciada tiempo antes, en carta del 5 de agosto de 1960: “Le comunico que mi próxima obra se titulará *Victoria Ocampo*, antes de morir diré algo en su loor”. Pero dos meses más tarde él ya estaba residiendo en la Cuba revolucionaria y a gran distancia de muchas cosas. La motivación de Martínez Estrada era doble: a Victoria Ocampo quería celebrarla, y también apropiársela. Por diversas lejanías, físicas, políticas y espirituales, él nunca llegó a ser “hombre de *Sur*”.

No estuvo entre los fundadores y además, allí, salvo la propia Ocampo y el joven Héctor A. Murena, nadie terminaba de respetar sus ideas. Él mismo cultivaba un recelo contra “el tinte de la adyacencias”, es decir Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, demasiado próximos a su admirada, y asimismo contra los visitantes episódicos: “Siempre pienso en usted como si estuviera cautiva de diablejos sucios y emperejilados, la veo como una princesa encantada raptada por unos labradores enriquecidos”. Una y otra vez vuelve sobre las “gentes insignificantes” que la rodeaban. Y fue explícito: “Estoy infinitamente más cerca de usted que quienes la rodean a diario”. Pero a pesar de la toma de notas y el bosquejo de los capítulos, no consiguió avanzar en el elogio. Dos partes fueron anunciadas: “a) El poder mágico de la evocación en Victoria Ocampo; b) De la realidad y la fantasmagoría como mundo que habitamos”. En Bahía Blanca, enfermo y desanimado, ya cercana su muerte, igual prometió dedicarle dos días de la semana, “para su honor y su gloria”. No le fue posible, sus fuerzas menguaron mucho, y allí, en su ciudad de residencia, sucumbió en noviembre de 1964. Meses antes, sobre su proyecto de libro, había escrito: “Tiene que ser una balada de Chopin, una rosa en el tallo, un lirio. Dios me ayudará”.

IV

Victoria Ocampo y Ezequiel Martínez Estrada mantuvieron una “amistad encantada”, sazónada por alguna que otra tirantez, motivada casi siempre por las inestabilidades políticas argentinas. A pesar de esas divergencias, fueron básicamente aliados, con tendencia, en Martínez Estrada, a la gratitud y la adoración, sin por ello privarse de intercalar alguna que otra protesta calamitosa. El contexto de la correspondencia se corresponde con tiempos tormentosos, escandidos, de vez en cuando, por ilusiones infundadas, y en el que priman el peronismo recientemente caído, los dilemas políticos de los escritores en tiempos de la “Revolución Libertadora”, y los fulgores tercermun-

distas inaugurados en Cuba por Fidel Castro. Por esa época Victoria Ocampo, la capitana de *Sur*, había alcanzado el cénit de su reconocimiento público, lo que no excluye, ni mucho menos, la animadversión un poco testaruda de sus enemigos, pues aunque cierto es que ella era la aristocracia en emblema, era un emblema “mal placé”. En cambio, Martínez Estrada escribió sus cartas más intensas a Victoria en coyunturas más bien desastradas: enfermo y postrado y con la piel ennegrecida, o bien exiliado voluntariamente en México, y luego viviendo en Cuba y al servicio de su revolución pero también exhausto, y al fin de regreso en Bahía Blanca, rodeado de frascos de remedios y trabajando como un poseso en la sospecha de que no vería sus últimos libros editados, tal como sucedió. Hacia el final, la correspondencia con Victoria Ocampo le alivió apenas su convicción de que la Argentina era una nación embarrada, sumida en la miseria espiritual, y en manos de cuarteros asentados en ministerios, juzgados o direcciones de periódico. Victoria, más hecha a la “cultura de salón” y a intervenir animosamente, gustaba sin embargo de Ezequiel Martínez Estrada, áspero solitario que desde joven abjuró de las sociabilidades “primorosas”. Para ella, él siempre fue algo chúcaro; para él, ella se desconocía a sí misma. Fue una amistad limpia.

V

Esta reunión de cartas y documentos pretende ser un homenaje a un vínculo poco conocido hasta ahora. Algunas cartas de Victoria Ocampo fueron escritas originalmente en francés. Dado que la mayoría eran manuscritas, y que la letra de Martínez Estrada resulta ser endemoniada, restaron algunas palabras y frases sin descifrar. Agradezco el auxilio brindado por Ximena Bejar, Daiana Garrido, Nidia Burgos y Margarita Martínez que hizo posible esta edición.

Christian Ferrer

[1945]¹

Señora

Para cumplir mi promesa de esbozar en algunas líneas el mapa-mundi de mi vida, recorrí no menos de veinte veces el camino del recuerdo. Equivale a sacar de un cofre mariposas pulverizadas. De ese repaso que creía tan lleno de interés y de emociones, sólo me resta una grande, trágica desilusión; porque se trata de una vida que ni a mí mismo puede interesarme ya. Le debo, en suma, esta liquidación de acaso las últimas supersticiones y el desvanecimiento en la luz de espectros y duendes que me encantaban y no existían.

Preferiría cualquier otra vida, si al leerla pudiera poner el mismo fervor de comprender que al recordar la que viví. El propio tesoro es un bien común, y las noches y los días se dan iguales para el desdichado y el feliz. Esta experiencia penosa me lleva también a la conclusión de que las autobiografías no tienen ningún sentido profundo y

¹ Esta carta –un autorretrato– fue escrita a pedido de Victoria Ocampo y estaba destinada a escoltar una fotografía de Ezequiel Martínez Estrada, para un ciclo de conferencias. A cada uno de los conferencistas se les había solicitado un esbozo autobiográfico y las fotografías fueron tomadas por Gisèle Freund. Más adelante fueron robadas de la caja donde se guardaban, en la sede de la revista *Sur* de la calle Tucumán 685. La carta de Martínez Estrada, escrita poco tiempo después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, se mantuvo inédita hasta ser publicada, póstumamente, en la revista *Sur* n° 295, de julio y agosto de 1965. Victoria Ocampo había conocido a Gisèle Freund, que era judía, en París, en 1938, y luego que el ejército alemán ocupará Francia, durante la Segunda Guerra Mundial, logró conseguirle un pasaporte argentino que le permitió llegar hasta Buenos Aires a salvo.

que son mero pasatiempo de gentes egoístas. No obstante, ¿dejaré de recordar con emoción la niñez de Tolstoy –o la de Goethe– muchísimo más pobre de casos y de cosas que la mía, aunque lo subjetivo haya irisado el suceso y la circunstancia con la caricia de su mano trémula? Cualquier infancia ensombrecida por los rincones oscuros del propio hogar, humedecida de lágrimas, me vendría bien si al mismo tiempo floreciera en el júbilo de la belleza y en el goce casi religioso de seguir estando vivo. Confieso que me reconozco incapaz de fraguar una niñez apócrifa ni de hacer literatura sobre la verdadera. Bastante tiene de absurda y de trivial. Al fin y al cabo, cuanto aconteció en mi existencia tiene poca relación causal, lógica, conmigo. Parezco ser un ente que atravesó ileso e inmune los hechos que constituyen su existencia terrestre, humana, diaria, documental. Nada tengo que ver con mi biografía. Repasado el texto, siento que vivir y ser son dos realidades distintas. Y si lo que me aconteció no tiene significado para explicar lo que soy, ¿no valdría lo mismo que inventara o que plagiera? Resulta inevitable, además.

Pero he ahí que soy absolutamente inepto para la mistificación. Jamás consideré una virtud mía no haber mentido, haber sido veraz y leal, sino una incapacidad de carácter orgánico, una especie de falta de oído para la melodía de lo histriónico. Por añadidura soy un hombre púdico, quiero decir incapaz de confesiones o de cualquier otro rasgo de impudibundez ingénita. Más bien experimento tendencia a ocultar lo que puede enaltecerme sin que tenga ningún desliz de qué avergonzarme. He procurado que mi vida fuera limpia todos los días, y esto es simplemente un hábito higiénico. Tampoco creo que sea un mérito poder exhibir una vida como se hojea un álbum, porque ninguna vida exenta de pecado está redimida de verdad. En fin, a veces pienso que ni Dostoievski ha imaginado una existencia tan trágica y penosa como la mía, eso no tiene explicación por los hechos ni puede servir de prueba ante ningún tribunal, como el imaginado por Kierkegaard, que tratara de averiguar quién fue el hombre más infeliz. Como en las pesadillas, el verdadero sueño es infinitamente

desproporcionado a la angustia que produce. Repasando mi vida, veo que sólo he sido yo el culpable de una valoración pesimista, y que prolongar la existencia más allá de la pubertad es un funesto error que se paga con la misma supervivencia.

De mis primeros años recuerdo que, como una segunda naturaleza semejante a la mutilación, poseí el triste privilegio de comprender las cosas de la vida con precoz claridad de adulto. Debo confesar que no recuerdo ninguna época que haya vivido la ingenuidad de la niñez. A los pocos años, por ejemplo, conocía ya a las personas de mi familia y de nuestras amistades con tal certeza que todos sus defectos me eran sensibles como ahora mismo los juzgo. De ahí que creyeran los extraños que poseía yo una inteligencia excepcional, cuando todo se debía sencillamente a ese prematuro despertar del sentido de la vida, que asimismo he encontrado, con relativa frecuencia, en criaturas no por eso inteligentes en otros aspectos. Tales criaturas por lo regular mueren pronto –en una u otra forma– y es una desdicha sobrevivir a las condiciones fijadas por la naturaleza, que parece haber puesto la comprensión o el paladeo del amargor de las cosas en los límites de lo que otorga sin exigir el pago supremo. Por estas razones la canción de Mignon, en el *Wilhelm Meister*², es de lo que más me ha impresionado en obra alguna; más acaso que el capítulo de los niños precoces en *Los hermanos Karamazoff*³. Este despertar –que no puede ser tardío– es lo que sazona y condiciona el sabor de la existencia y no creo que se dé siempre, ni en personas de gran talento. Si alguna vez tuviera yo que escribir algo sobre psicología no pedagógica, fijaré la pubertad del espíritu muchos años antes de la fisiológica, y procuraré que se vea claro que el hombre emerge en los primeros años o que muy bien puede no emerger jamás –ni en la vejez más fructuosa de sabiduría–.

² *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, novela de Johann Wolfgang Goethe publicada en 1796.

³ Novela de Fiodor Dostoievski publicada en 1879.

Por mí sé que heredamos en substancias diferenciadas del padre y de la madre, aunque no las mismas cualidades y que el carácter es una fatalidad ancestral. Él nos hace aparecer como espectadores de nuestros propios actos, y todo lo involuntario que se nos impone con fuerza irresistible pertenece a la línea genealógica de los muertos. De la madre somos hasta cierta altura de la vida, luego del padre. Finalmente somos de los padres del padre y de las madres de la madre, sin que para uno mismo quede tiempo después de poner en limpio esa embrollada herencia. Entre los recuerdos, pues, algunos míos remontan a la historia de familia y la imaginación suele entremezclarse tan subrepticamente en ellos que a veces he pensado si la imaginación no es una extraña forma de la memoria ancestral. Los más antiguos recuerdos persisten nítidos y en vano intento localizarlos a mí alrededor. La memoria específica se acusa en mí con los caracteres crudos de la herencia somática. Por esta presencia consciente del pasado, tengo a menudo la impresión de que revivo escenas y hasta he podido prever la continuación de una serie de hechos. Lo que se entiende por adivinación debe entrar en este orden de fenómenos.

Soy una madriguera de complejos, una red subterránea en que el subconsciente posee sus mapas precisos. Nunca quise aprovechar de ese tesoro soterrado, dejando libre el juego de la fantasía, sino que me esforcé por que la razón lúcida rigiera mi pensamiento. Es un desaprovechamiento de mí mismo parecido a la destrucción, casi involuntaria, de mi memoria, que en años juveniles era de fidelidad fotográfica. Pero acaso pudiera explicarse esto por dos razones: mi disgusto de recordar y una inclinación al análisis lógico aun de mis actos más comunes, que me ha privado siempre de la contemplación ingenua. Mi recuerdo verídico más antiguo data de los primeros meses y el que primero me produjo una impresión generadora de mágicas asociaciones, dos caballos blancos que tuvo un pariente, y que se alimentaban de carne. La fábula de los caballos de Reso nunca me pareció inverosímil.

Ejemplo, de una de mis “censuras”: hasta el año 1924 me era imposible evocar el nombre de [Giacomo] Leopardi cuando me lo proponía. A los cinco años me llevaron en sulky, con un tío que luego se suicidó, a buscar un leopardo –sería un jaguar– que dicen que rondaba por un bosque a orillas del Carcarañá⁴. La lectura de las obras de [Sigmund] Freud aclaró el enigma y la “censura” desapareció.

Hasta los doce años viví en pueblos de las provincias de Santa Fe y del sur de Buenos Aires. Estos años sí son ricos de acontecimientos prodigiosos; pero como corresponden a la era de los albores del mundo, sospecho que pertenecen al género humano más que a mí. Sin embargo, entre la infancia brotan, como en el campo, flores silvestres de humilde vista y rústico olor. La niñez de [Guillermo Enrique] Hudson me ha impresionado por muchas concomitancias de escenas y aventuras, favorecidas por idéntica emancipación para andanzas y correrías, en ocasiones peligrosas, siempre instructivas. Cuando yo viví cerca de las sierras de Curumalán⁵, cincuenta años más tarde que él, el campo apenas conservaba su antiguo esplendor y las gentes languidecían en rencores y codicias. Aún podían encontrarse flamencos y cisnes en las lagunas, avestruces en las llanuras, verse la paja voladora cubrir los campos y brillar al mediodía; mas todo estaba labrado por el colono y los incendios de los trigales eran frecuentes. Crímenes y siniestros abundaban hasta perder interés. En cambio lo conservaron siempre las herrerías y las carpinterías que yo frecuentaba con más placer que

4 San José de la Esquina, el pueblo natal de Martínez Estrada, está localizado a orillas del río Carcarañá, al sur de la provincia de Santa Fe, en el Departamento provincial de Caseros. Allí vivió entre 1895 y 1902.

5 Las sierras de Curumalán están ubicadas en el partido bonaerense de Saavedra, cerca de Goyena, pueblo en el cual Martínez Estrada permaneció entre 1902 y 1907, desde los seis hasta los doce años de edad, y de la ciudad de Pigüé. Curumalán y Pigüé (Pi-hue) son voces mapuches y significan, respectivamente, “Corral de piedra” y “Lugar de encuentro”. La voz curumalán se pronuncia, en mapuche, “Cura Malal”.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA